

NOTA DEL AUTOR: Desde el mes de marzo de 2023 está en las Librería Nacional de todo el país el libro “García Márquez y Vargas Vila: un camino, dos historias”, publicado por Santa Bárbara Editores. Se trata de una biografía doble de los dos escritores que más brillo han dado a Colombia. A lo largo de 13 capítulos se recorre la vida de los dos literatos, en el caso de Gabo, hasta el momento del depósito de las cenizas en Cartagena y la aparición de la hija, Indira Cato; y de la repatriación de los restos a Colombia, en el caso de Vargas Vila. Presento aquí el penúltimo capítulo del libro. JHS

XII

Ficción y periodismo; coronación y muerte

Con la gloria sobre los hombros, y después de una década de su Premio Nobel, García Márquez se paseaba por el mundo con su libre albedrío, aprovechando su celebridad para clamar por un mundo mejor donde prevaleciera el amor y la vida digna. Una tarea difícil, pero la búsqueda no cesaba y de allí sus constantes viajes a los países que podrían ser receptivos a su mensaje, sin olvidar Colombia, esa querida Macondo sacudida por la violencia y el odio.

No obstante, la literatura seguía siendo el epicentro del mago; es decir, el eje por el que se deslizaban los sueños que aún le quedaban. A sus sesenta y seis años, Gabo se mantenía pleno y recio para la ficción, aunque ya revelaba a sus familiares y a los

amigos más cercanos que su salud, en general, comenzaba a sentir los estragos del tiempo mediante olvidos insólitos y resquebrajamientos momentáneos que lo obligaban a realizarse chequeos médicos.

En el mes de abril de 1994 apareció *Del amor y otros demonios*, novela que había sido anunciada desde tiempo atrás y que ahora saltaba a las librerías con una expectativa creciente por parte del mundo literario hispanoamericano. La obra estaba precedida por *El general en su laberinto* y por *Doce cuentos peregrinos*, dos ficciones lejanas al universo macondiano que habían prolongado las hipérboles y la magia de *Cien años de soledad*. Después de *El otoño del patriarca* y de *El amor en los tiempos del cólera*, surgió el interrogante acerca del paradero del realismo mágico, cuyo eco se había perdido en el horizonte. Y se pensó que la nostalgia literaria comenzaba a abrirse camino entre el recuerdo de un pasado que, tal vez, no volvería a formar parte de la realidad. Pero la nueva novela vino a demostrar lo contrario, pues emergió una historia que, al igual que *El coronel no tiene quien le escriba*, se constituiría en una joya de la literatura de América, pese a que no gozara de la fama ni del reconocimiento de *Cien años de soledad*.

El 22 de abril, *Del amor y otros demonios* fue el epicentro de las críticas, las sinopsis, los recuerdos y las búsquedas

históricas en una Cartagena antigua que había ayudado a formar al renombrado autor. La novela era un homenaje a Clemente Manuel Zabala, el jefe de redacción de *El Universal*, diario en el que Gabo comenzó a trabajar después de haber vivido los episodios trágicos de El bogotazo de 1948. Pero el reconocimiento no lo hace de cualquier manera, pues el libro está dedicado a su agente literaria, Carmen Balcells, sino mediante el recurso de una nota de ficción que aumenta la expectativa de la historia.

Según el escritor, Zabala le pidió que fuera al antiguo convento Santa Clara, convertido después en hospital, del que se anunciaba su remoción parcial para dar paso a la construcción de un hotel cinco estrellas. En su vieja época de siglos, allí se construyeron criptas de jefes eclesiásticos y de monjas de la comunidad, cuyos restos podrían brindar sorpresas y servir de fondo para reportajes periodísticos. Y allí aparecieron, de repente, los restos de la niña Sierva María de Todos los Ángeles, cuya espléndida cabellera de color cobre había crecido veintidós metros y veintitrés centímetros. Con ese instante de invención mágica, remontado a las viejas remembranzas, y la leyenda real contada por sus antepasados en Aracataca y Sucre, Gabo entró otra vez a su realismo maravilloso, cuyo prodigio se siente en el primer párrafo de la novela:

Un perro cenizo con un lucero en la frente irrumpió en los vericuetos del mercado el primer domingo de diciembre, revolcó mesas de fritangas, desbarató tenderetes de indios y toldos de lotería, y de paso mordió a cuatro personas que se le atravesaron en el camino. Tres eran esclavos negros. La otra fue Sierva María de Todos los Ángeles, hija única del marqués de Casaldueño, que había ido con una sirvienta mulata a comprar una ristra de cascabeles para la fiesta de sus doce años¹.

A partir de este párrafo de entrada, Gabo incursiona en los laberintos remotos de aquella urbe fatigada por las historias de esclavos, aristócratas y nativos. En algún momento habría de resurgir ese mundo que el escritor mantenía guardado en sus recuerdos más íntimos. Primero había que exorcizar la fantasía que habitó su infancia y su adolescencia, y que lo persiguió hasta en sus sueños más recónditos. Había que aclimatar también el terremoto de *Cien años de soledad* mediante obras de transición que sirvieran de etapa preparatoria para el salto hacia Cartagena, la ciudad que tanto quiso, la misma donde reposan sus cenizas, allí en el Claustro La Merced, muy cerca de los ámbitos en que se desenvuelven los episodios de *Del amor y otros demonios*.

¹ . García Márquez. *Del amor y otros demonios*. Editorial Norma, Colombia, primera edición, abril de 1994, p. 13.

La novela está cruzada por una trama sencilla en la que el personaje principal es Sierva María de Todos los Ángeles, la niña de doce años que ya estaba prefigurada al encontrarla, con su larga y mágica cabellera, entre la remoción de los escombros del convento de Santa Clara, según el falso testimonio del testigo-periodista, Gabriel García Márquez. Sierva María es hija de Ygnacio de Alfaro y Dueñas, Segundo Marqués de Casaldueiro, hombre habitado por el silencio y la apatía, quien vivía arrepentido por no haber evitado que su hija fuera mordida por un perro con mal de rabia que le causó la muerte.

El otro personaje de importancia es Cayetano Alcino del Espíritu Santo Delaura y Escudero, el hombre de confianza del obispo, quien lo designa para que exorcice a Sierva María, pero se enamora de ella con una pasión incontrolable que lo lleva a la desaparición. Cayetano funge como bibliotecario y sacerdote. En la obra también está Bernarda Cabrera, esposa del Marqués y madre de Sierva María. Pese a los lazos, tenía animadversión a su hija mientras traicionaba sentimentalmente a su marido mediante relaciones furtivas con un esclavo.

En últimas, Sierva María fue recluida en un convento para los exorcismos de rigor, pues la Iglesia atribuyó el caso a asuntos del demonio. Allí nace ese amor perverso que va marcando,

paulatinamente, el fin de una historia fascinante que concluye de la siguiente manera:

Sierva María no entendió nunca qué fue de Cayetano Delaura, por qué no volvió con su cesta de primores de los portales y sus noches insaciables. El 29 de mayo, sin alientos para más, volvió a soñar con la ventana de un campo nevado, donde Cayetano Delaura no estaba ni volvería a estar nunca. Tenía en el regazo un racimo de uvas doradas que volvían a retoñar tan pronto como se las comía. Pero esta vez no las arrancaba una por una, sino de dos en dos, sin respirar apenas por las ansias de ganarle al racimo hasta la última uva. La guardiana que entró a prepararla para la sexta sesión de exorcismos la encontró muerta de amor en la cama con los ojos radiantes y la piel de recién nacida. Los troncos de los cabellos le brotaban como burbujas en el cráneo rapado, y se les veía crecer ².

Mientras la nueva publicación alzaba vuelo en Hispanoamérica mediante distintas casas editoriales, y de común acuerdo, García Márquez había avanzado bastante en un proyecto periodístico que registraría con minuciosidad los avatares violentos de un momento político sin precedentes en Colombia. Se trataba de un secuestro colectivo de personajes

². *Ibíd.*, p.197-198.

de la política y de la élite del país por parte del narcotraficante Pablo Escobar y su cartel criminal, cuyos pasos habían alcanzado límites escalofriantes.

La génesis de la historia se remonta a 1990, año de intensa convulsión a raíz del surgimiento de los grupos de narcotraficantes y, con ello, la aparición de organizaciones delincuenciales de todas las formas y tamaños; pero, con una especie de representación real encarnada en el Cartel de Medellín comandado por Pablo Escobar, un matón sin escrúpulos que había logrado alianza con otros grupos criminales y cuya participación en la política colombiana era cada vez más evidente. Cuenta García Márquez:

Maruja Pachón y su esposo, Alberto Villamizar, me propusieron en octubre de 1993, que escribiera un libro con las experiencias de ella durante su secuestro de seis meses, y las arduas diligencias en que él se empeñó hasta que logró liberarla. Tenía el primer borrador ya avanzado cuando caímos en la cuenta de que era imposible desvincular aquel secuestro de los otros nueve que ocurrieron al mismo tiempo en el país. En realidad, no eran diez secuestros distintos, como nos pareció a primera vista, sino un solo secuestro colectivo

de diez personas muy bien escogidas, y ejecutado por una misma empresa con una misma y única finalidad” ³.

Noticia de un secuestro, el nuevo libro, es, en sentido estricto, un extenso reportaje trabajado con las herramientas propias del género. De esta manera, García Márquez retorna a las raíces de su formación de escritor, allá en su época de *El Espectador*, diario en el que aparecen historias reales contadas con una prosa serena, sin concesiones a las hipérbolos ni acercamientos a la ficción. Pareciera que el autor se sacudiera de la magia narrativa de *Del amor y otros demonios* y se sumergiera en un mundo donde reinó en viejos tiempos.

En realidad, *Noticia de un secuestro* constituye el primer libro-reportaje de García Márquez. Antes, en esa dirección, había publicado *Relato de un naufrago*, recopilación de las crónicas publicadas en *El Espectador* en su época de reportero de planta. La historia está narrada en primera persona. Así mismo, *Aventuras de Miguel Littín*, clandestino en Chile, libro narrado en primera persona más colindante con el género crónica. *Noticia*, en cambio, tiene el rigor propio del periodismo en todas sus variables, mucho más en el investigativo, el cual pone a prueba los datos y la información que se entrega en medio de la envoltura narrativa.

³. García Márquez. *Noticia de un secuestro*, Primera edición, Grupo Editorial Norma, 336 páginas, Bogotá-Colombia.

«Lo que yo quería era escribir un reportaje con todas sus leyes, y en ella no cabe invención. Hoy me alegro: el libro no tiene una línea imaginaria ni un dato que no esté comprobado hasta donde es humanamente posible. Sin embargo, estoy seguro de que costará trabajo creerlo, porque parece más novela que cualquiera de mis novelas. Creo que es su mayor mérito», declaró el autor en una entrevista concedida a la revista *Cambio* en la edición de mayo 6-13 de 1996.

Esta obra periodística de Gabo relata el secuestro múltiple de diez personalidades, entre ellas, Diana Turbay Quintero, hija del expresidente Julio César Turbay Ayala y de Nidia Quintero de Balcázar. Diana muere en el operativo de rescate. También son secuestrados la periodista Maruja Pachón, directora de la Compañía de Fomento Cinematográfico (Focine), y Beatriz Villamizar de Guerrero, cuñada de Maruja Pachón y empleada de Focine, raptados el 7 de noviembre de 1990, dos meses largos después del secuestro de Diana junto a cinco miembros de su equipo periodístico; asimismo, Francisco Santos, jefe de redacción de *El Tiempo* e hijo del director del mismo periódico, Hernando Santos Castillo, y Marina Montoya, hermana del secretario general de la presidencia, ejecutada en medio del secuestro.

La narración es espléndida, dotada de una estructura atrayente con elementos propios de la cinematografía en la que

sobresalen innumerables *flashbacks*, variados puntos de vista y saltos de escenarios entre los distintos capítulos, los cuales cambian de ámbito según sean las víctimas o los victimarios. Una obra verdaderamente planeada que irrumpió como un tren en abril de 1996, y sirvió de tránsito para la publicación de su siguiente obra: *Vivir para contarla*.

Pero, antes, hay que registrar un hecho significativo y poco frecuente en los escritores célebres que alcanzaron también la inmortalidad y la fortuna económica. Se trata del legado que dejan a su país o al continente donde nacieron. En muchos casos, la exigencia se aproxima a niveles ridículos, pues se exige al escritor que con su gloria resuelva problemas vitales como el agua potable de su pueblo natal o la construcción de viviendas para los pobres, tareas propias de los gobernantes y políticos de turno.

García Márquez, ignorando que fuera una respuesta a los reclamos sin fundamento que aún circulan en diversas esferas, decidió crear, en Cartagena, el 24 de junio de 1994, la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), institución que presidió hasta su muerte, y en la que estuvo acompañado por Jaime Abello Banfi, director general, Jaime García Márquez y Alberto Abello Vives como miembros de la primera junta directiva.

Desde entonces, las tareas no han cesado en favor de un nuevo periodismo en el mundo, especialmente en Colombia, lo que constituye un verdadero legado a la posteridad y el mejor agradecimiento de un escritor glorioso a su patria y a su continente. La FNPI inició con la realización de talleres en varias ciudades de Colombia y luego se expandió hacia América Latina. Más tarde se creó el Premio Nuevo Periodismo y, después de un cambio de nombre, en 2017 se creó el Centro Gabo; posteriormente, en agosto de 2019 se pasó a la Fundación Gabo «con el objeto de potenciar sus iniciativas, proyectos y actividades alrededor de la figura de su fundador».

Hoy, la junta directiva de la Fundación Gabo está conformada por Germán Rey, Gonzalo García Barcha, Jaime Abello Banfi, Jaime García Márquez, John Lee Anderson, María Teresa Ronderos, Rodrigo García Barcha, Sergio Ramírez y Yolanda Pupo de Mogollón. A lo anterior se suma el apoyo económico de Gabo para la creación de la Escuela de cine de San Antonio de los Baños, Cuba, y sus innumerables donaciones a las luchas políticas de América Latina.

Vivir para contarla es la nueva y penúltima obra que marca la vida literaria de Gabriel García Márquez. Con *Del amor y otros demonios* y *Noticia de un secuestro* culmina la etapa del narrador y periodista que asombró al mundo con sus creaciones. Con la novela mencionada arribó a la meta de la

ficción; con *Noticia*, acabó también una deslumbrante existencia dedicada al «oficio más bello del mundo».

Faltaba el coletazo, como dicen; era necesaria la publicación de una obra que condensara su universo creativo en las dos expresiones que cultivó desde sus primeros años. Ello explica *Vivir para contarla*, memorias que aparecen en 2002, cuando su autor cuenta con 73 años, y una salud que, a duras penas, permitirá la aparición de *Memorias de mis putas tristes*, un viejo proyecto novelístico que decidió terminar, pese a que sus facultades mentales habían disminuido notablemente.

La vida ni la salud alcanzaron para los otros dos tomos de las memorias que el mismo Gabo había anunciado en diversas entrevistas. Es más: *Vivir para contarla* se revela como una obra inconclusa, pues termina en los tiempos en que García Márquez marcha a Europa como corresponsal del diario *El Espectador*. Innumerables recuerdos y episodios quedaron a la deriva y solo corresponde imaginar la forma en que el prestidigitador de Macondo hubiera narrado ese recorrido mágico que una enfermedad mortal cortó abruptamente.

Pero, aquí subyacen claves que no eran públicas. O que nunca habían sido reveladas por su propio autor, tales los avatares de su infancia, secretos de la familia materna, el mundo escondido de Aracataca entre recuerdos felices e historias inverosímiles y su voluntad irreductible de ser escritor. Ahora,

el libro fascina no solo por la forma en que está edificado, sus idas y vueltas al pasado y al presente, sino por el contenido: ese derroche de anécdotas que van contando sin cesar, avanzando en medio de minúsculas historias cargadas de embrujos cercanos a la ficción.

En realidad, son memorias en el sentido estrecho del término y del género. En este sentido, muchos estudios se han realizado y otras expresiones literarias han surgido alrededor de las memorias con el resultado de formas narrativas que pretenden distinguirse y distanciarse. Así, la autobiografía, que, pese al esfuerzo por independizarla, pareciera ser la misma memoria de todos los tiempos, con su característica peculiar: remembranzas del escritor relacionadas con el entorno que le correspondió vivir. El escritor evoca sus vivencias, narra los momentos que ha transitado y recuerda, a su manera, los instantes que contempló en la distancia, o que le fueron confiados por sus familiares, la influencia más directa e inolvidable.

En algunas de sus declaraciones, Gabo calificó *Vivir para contarla* como memorias, pese a que no hizo ningún esfuerzo por definirla. Lo único cierto es que el eje de la historia es el entorno y él, a diferencia de la autobiografía en el que el énfasis lo constituye solo la vida individual del escritor en primer plano, mientras el entorno permanece siempre en un constante

alejamiento. Un rastreo más minucioso permite afirmar que el Premio Nobel colombiano tuvo dos influencias notables en sus memorias: Vladimir Nabokov y Ernest Hemingway, dos autores que leyó con devoción y a los que menciona en distintas circunstancias.

El escritor ruso, nacionalizado estadounidense, es el autor de *Lolita*, novela que admite comparaciones con *Memoria de mis putas tristes*. Pero, más que eso, es el autor de *Habla, Memoria*, libro en el que la ficción aletea en medio del recuerdo de sus primeros años de vida en los que planea la figura de sus padres y, luego, las vicisitudes de su exilio. No hay comparaciones de estilo ni de estructura con relación a *Vivir para contarla*; pero, sí llama la atención el ambiente nostálgico, la lucha por sobrevivir y una ficción que, en ocasiones, se asoma al borde de la realidad que circunda los pasos de ambos escritores.

Ernest Hemingway, por su parte, es mencionado siempre al hablar de la formación literaria de García Márquez. De él aprendió técnicas literarias y fórmulas eficaces para ejercer el periodismo. Lo siguió hasta después de su muerte, pues nadie ignora que Gabo leyó *París era una fiesta*, memorias póstumas del escritor estadounidense que narra, entre la ficción y la realidad, sus vivencias en la capital francesa de principios y mediados de la década del veinte, cuando se desempeñaba

como corresponsal en Europa de varios periódicos estadounidenses.

Vivir para contarla concluye con el viaje a Ginebra para cubrir la reunión de Los cuatro grandes. En ese párrafo final no podía faltar el acento nostálgico de la despedida ni el detalle minucioso entremezclado con metáforas y breves hipérboles. Gabo cuenta que ya está en el avión ante una hoja de esquila, extraída entre varias de colores puestas en el asiento delantero:

Escogí uno azul celeste y le escribí mi primera carta formal a Mercedes sentada en el portal de su casa a las siete de la mañana, con el traje verde de novia sin dueño y el cabello de golondrina incierta, sin sospechar siquiera para quién se había vestido al amanecer. Le había escrito otras notas de juguete que improvisaba al azar y sólo recibía respuestas verbales y siempre elusivas cuando nos encontrábamos por casualidad. Aquéllas no pretendían ser más que cinco líneas para darle la noticia oficial de mi viaje. Sin embargo, al final agregué una posdata que me cegó como un relámpago al mediodía en el instante de firmar: “Si no recibo contestación a esta carta antes de un mes, me quedaré a vivir para siempre en Europa”. Me permití apenas el tiempo para pensarlo otra vez antes de echar la carta a las dos de la madrugada en el buzón del desolado aeropuerto de Montego Bay. Ya era viernes. El jueves de la semana siguiente, cuando entré en el

*hotel de Ginebra al cabo de otra jornada inútil de desacuerdos internacionales, encontré la carta de respuesta*⁴.

Dos años después de *Vivir para contarla*, en 2004, apareció *Memoria de mis putas tristes*, una novela corta con la que García Márquez cerró su ciclo de escritor. Fue su última obra, cuya sencillez explica su abordaje. También lo explica el que fuera un borrador que dormía desde hacía lustros en alguna gaveta de los escritorios de Gabo, quien no quiso que apareciera como relato póstumo. Todo indica que era una historia avanzada en su redacción que solo requería retoques y mínimos cambios en su narrativa. No existe otra explicación al recordar que en el interregno de dos años era posible la escritura del segundo tomo de las memorias. Pero esto conllevaría un esfuerzo inusitado debido a la labor de investigación que era necesario realizar, y a los miles de recuerdos que había de evocar, primero en la imaginación, y, luego, en el papel en blanco.

Al fin y al cabo, la autobiografía parte de hechos reales que, en el caso de Gabo, son contados a través de anécdotas; es decir, todos los acontecimientos en los que participa o que observa de lejos, son referidos a través de anécdotas; mientras, la ficción puede fluir sola, sin las exigencias de un riguroso

⁴. García Márquez. *Vivir para contarla*. Op. Cit., p. 579.

trabajo de campo en sitios diversos o en disímiles fuentes escritas.

El escritor optó por *Memoria de mis putas tristes*, novela breve que narra la historia de un veterano periodista que, en honor a sus noventa años, desea regalarse instantes de pasión al lado de una adolescente virgen de catorce años. Así, logra acceder a Delgadina, quien concurre varias noches al prostíbulo regentado por Rosa Cabarcas, vieja amiga del anciano periodista, cuyos recuerdos van girando como aspas entre el enamoramiento y la obsesión afectiva que poco a poco va logrando el personaje central, columnista de vieja data, amante de la música clásica y prisionero de manías crónicas.

Las remembranzas se atropellan unas con otras y, en mitad de ellas, resurge el nombre de Dulcinea, con quien estuvo a punto de contraer matrimonio. Finalmente, el personaje continúa su vida triste y solitaria hasta los 100 años con el recuerdo atormentado de Delgadina, a quien alguna vez trató de zorra por haber entregado la virginidad a otro hombre.

Memoria de mis putas tristes menciona a *La casa de las bellas durmientes*, la afamada novela del premio Nobel japonés Yasunari Kawabata que constituye la fuente principal de inspiración de Gabo, aunque son notorias las diferencias. La aproximación está en las escenas protagonizadas por aquellos ancianos millonarios del japon que, debido a las normas

impuestas, no pueden tocar ni acariciar a sus virginales adolescentes; solo contemplarlas en su belleza femenina que exhiben como una obra de arte.

La novela pareciera apuntar hacia dos direcciones: una, la vejez, tema que escasea en la novelística latinoamericana, pues se cuenta con los dedos de las manos las novelas con tal protagonismo; pero no visto a partir de la presencia de viejos en la historia novelada, sino de la vejez como elemento universal. En ese sentido, *Memorias* vendría a ser un homenaje a esa etapa de la vida que ya el mismo autor comenzaba a transitar y en la que encontramos retazos autobiográficos sutiles y recónditos. Dos, Barranquilla, la ciudad que faltaba como escenario en sus novelas y que aquí se exhibe mediante múltiples referencias, algunas cifradas, en los tiempos en que la urbe despuntaba a su desarrollo en el Caribe, mientras él, Gabo, sobrevivía en las buhardillas del centro de la ciudad homenajeadas, oscilando entre putas de ocasión y cantos vallenatos, al igual que con el peso de unos diablillos culturales y familiares que soltaba diariamente en sus columnas periodísticas.

Memoria de mis putas tristes marca el final de la producción literaria de García Márquez. Pudo ser su obra póstuma, pero él prefirió publicarla en vida y ver las reacciones de sus millones de lectores que habían degustado sus anteriores historias. O

quiso no dejar nada en el tintero para evitar confusiones y posibles destinos cruzados de sus creaciones mágicas. Además, con ello, podría irse tranquilo a sus cuarteles para revivir en su imaginación las múltiples batallas que había librado con su pluma. Ya todo estaba dicho y escrito. Incluso, desde aquel 1967 la gloria había quedado aprisionada en su pecho y lo acompañaría hasta más allá de la muerte.

Nadie podía discutir, después de publicada *Memoria de mis putas tristes*, que Gabo entraba a la inmortalidad gracias a la invención de un nuevo universo que estaría siempre paralelo al mundo real.

Tres años transcurrieron desde la publicación de su última novela hasta la coronación monárquica que se llevó a cabo el 26 de marzo de 2007 en el Centro de Convenciones de Cartagena de Indias, la ciudad que había aumentado el tamaño de sus sueños después de haberla descubierto en todo su esplendor cuando abandonó Bogotá en medio de la avalancha humana, el reguero de cadáveres y los destrozos sin nombre que significaron el asesinato de Gaitán.

Se acercaba un año de aniversarios en la vida de García Márquez, pero lo primero era pagar la deuda histórica que tenía con el escritor la Real Academia de la Lengua Española, institución respetable que veía pasar frente a sus ojos un nuevo mundo de aportes académicos, literarios y lingüísticos sin que

apareciera en escena con el nuevo Cervantes en primer plano. Solo en el primero de los tres congresos realizados por la Real Academia, desde 1997, Gabo había estado presente, pues no aceptó la invitación para estar en los eventos de 2001 y 2004. Entonces, el presidente de la institución española, Víctor García de la Concha, un asturiano y filólogo de formación sacerdotal, dio su aval para la organización de un gran homenaje al autor de *Cien años de soledad* en el marco del Cuarto Congreso Internacional de la Lengua Española.

Desde las primeras horas del lunes Cartagena era una fiesta de la cultura y del pensamiento. Miles de personas comenzaron a circular alrededor del Centro de Convenciones, donde fotógrafos y periodistas del mundo entero se movilizaban para difundir al mundo los despachos noticiosos de un acontecimiento que convocaba a personajes de nombres resonantes.

Así mismo, representantes y actores de la cultura latinoamericana, escritores, académicos e intelectuales de diverso tipo recorrían los espacios en los que alternarían con los grupos de danzas y teatros, convocados también para animar una semana de actividades pletórica de diálogos literarios, música diversa, exposiciones de pinturas y conferencias sobre lo divino y lo humano en García Márquez. Las plazas y museos estaban listas para el festejo cultural y la

Feria del Libro de Cartagena era ya uno de los principales atractivos que antecedió al momento cumbre.

Se juntaban cuatro hechos trascendentales en la vida de Gabo: sesenta años de la publicación de *La tercera resignación*, el primer cuento con el que debutó en el mundo literario; cuarenta años de la publicación de *Cien años de soledad*, el acontecimiento literario que transformó la vida cultural de Hispanoamérica; veinticinco años del recibimiento del Nobel de Literatura, y el cumpleaños número ochenta, cuya celebración se había dado el 6 de marzo precedente.

Aquel lunes, disímiles personajes de rostros conocidos fueron llegando al Centro de Convenciones, donde todo estaba servido para que el mago de Aracataca fuera coronado como el rey de la literatura. Allí subieron al escenario los reyes de España, Juan Carlos y Sofía, quienes atendieron la invitación de Gabo en un gesto que los enaltecía. Así mismo, Carlos Fuentes, el viejo e inseparable compañero que había sido testigo del nacimiento de aquella criatura en forma de novela que estremeció el mundillo literario a mediados de la década del sesenta del siglo pasado. Su ubicación en el escenario, al lado de Mercedes Barcha, demostraba la importancia que García Márquez otorgaba a ese hermano de la literatura y de la vida. Esto dijo, en un aparte de su discurso, el autor de *La muerte de Artemio Cruz*:

Lo conocí en 1962 en Córdoba 48 y nuestra amistad nació allí mismo, con la instantaneidad de lo eterno. Gabo culminaba en México un joven periplo que lo había llevado de Aracataca a Barranquilla, de Sucre a Zipaquirá, y luego de Bogotá a Roma, Londres y París, en mosaicas tabletas de información escritas en El Universal, luego en El Heraldó, finalmente en El Espectador, que lo sorprende en el exilio europeo dejando atrás, pero teniendo presentes siempre, las tensiones colombianas que se renuevan —porque no se inician— el nueve de abril de 1948 con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y culminan con la clausura de El Espectador por Gustavo Rojas Pinilla en 1955, determinando una errancia que, al cabo, nos trae al Gabo, en un autobús Greyhound, con Mercedes y Rodrigo y Gonzalo en espera, a la ciudad de México, la más vieja ciudad viva del hemisferio occidental, la urbe azteca, virreinal, barroca, caótica, antiquísima, modernísima, la ciudad de roja piedra texontle y afrancesadas mansardas esperando la improbable nevada tropical y edificios de cristal despedazado que no quieren durar más de cincuenta años. México, D.F., donde la familia de García Márquez tendría, de allí en adelante, su principal residencia para honor de México y los mexicanos.

Pero no solo Fuentes extendió su palabra en el moderno escenario de la histórica ciudad. El expresidente Bill Clinton,

de Estados Unidos, también hizo referencia a su amigo Gabo y al impacto que *Cien años de soledad* había causado en su vida. Según él, aprovechando un brindis en honor a Gabo, en el que también participó el expresidente Álvaro Uribe Vélez, leyó la obra cumbre que narra la historia de Macondo en medio de las clases que impartían en su Universidad.

«Cuando yo tenía 25 años, es decir hace 35, *Cien años de soledad* acababa de salir en inglés, yo lo leí mientras estaba en la universidad de Derecho, lo leía por la mañana, al medio día, por la noche, los profesores me regañaban porque lo leía en clase, trataba de esconderlo y lo leí hasta el final y no solo me enseñó mucho sobre lo que podía ser la literatura, me enseñó lo que era la vida», expuso.

Así mismo, recordó que su hija Chelsea comenzó la aventura de entrar al mundo macondiano a los 14 años: «Una de mis memorias más cálidas de la infancia de mi hija, es recordar verla a ella hablando con García Márquez, acerca de los libros y después de eso se acordó y le envió a mi hija toda su obra en inglés. Gabo va a estar muy contento de saber que inspirada por él, ella ahora es la única de nuestra familia que se ha leído completamente todo, y en español», agregó.

Por su parte, el rey Juan Carlos, aceptó también la invitación para estar presente en el homenaje a Gabo en medio del IV Congreso de la Lengua Española. Estuvo acompañado de la

reina Sofía y constituyó otro de los grandes atractivos del inolvidable evento. El rey se mantuvo al lado de la reina, imperturbable y atento, mientras García Márquez leía su discurso; pero, Su Majestad también había hecho escuchar su palabra a través de un discurso que fue largamente aplaudido por la audiencia. Esto dijo:

Sería difícil encontrar un marco más adecuado, un contexto mejor que este Congreso, para tributar un homenaje a Gabriel García Márquez, a quien felicitamos por tantas cosas: por su ochenta cumpleaños, por el veinticinco aniversario de su Premio Nobel y por los cuarenta años de la publicación de Cien años de soledad. Porque Gabriel García Márquez es, en sí mismo, en su trayectoria creadora, un ejemplo vivo de esa unidad del español en su diversidad, una de las figuras más insignes de la literatura en español. (...) Cien años de soledad, en concreto, es una novela radicalmente caribeña, colombiana, y a la par, intensamente americana y declaradamente universal. Leyéndola, nos llegan ecos de los vallenatos de estas tierras, conjugados con cuentos tradicionales que, de boca en boca, de abuelos a nietos, procedían de la vieja Castilla, de Andalucía, de Canarias por los canales de la sangre familiar.

Uno de los grandes momentos de la ceremonia ocurrió cuando el director de la Real Academia Española, Víctor García

de la Concha, hizo entrega a García Márquez del primer ejemplar de la edición conmemorativa de *Cien años de soledad*. Fue una tirada de un millón de libros bellamente editados, con portada en pasta dura, matizada en verde y con hojillas degradadas con el mismo color.

La novela está precedida por una presentación de Álvaro Mutis, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Víctor García de la Concha y Claudio Guillén. Además, cuenta con el árbol genealógico de los Buendía. En el homenaje, García de la Concha, afirmó:

Al cumplirse cuarenta años del comienzo de ese gran cortejo, las veintidós Academias de la Lengua Española, que hace dos años conmemoraron el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del Quijote con una edición popular que logró una extraordinaria difusión, hemos querido rendir homenaje a Gabriel García Márquez convocando, en una edición semejante, a viejos y nuevos lectores a emprender una nueva aventura por esta extensión americana del gran territorio de La Mancha que es la lengua española. «¡Tierra!». En esa tierra matriz ha fundado García Márquez por milagro del arte una casa-ciudad de palabras que José Arcadio Buendía soñó como refugio del olvido y que se ha convertido en el poblado espacio inmenso de la soledad de Macondo, en una casa de cuatrocientos millones de

hispanohablantes abierta a todo el mundo y donde brota una gran fuente que mana y corre con aguas diáfanas como las del Macondo paradisiaco, alimentando la memoria con prodigios y llenando el alma de hambre y sed de justicia. Esa casa se encierra en este libro que ahora le entregamos, querido maestro, en homenaje de gratitud.

Y le fue entregado. Gabo lo recibió con una leve sonrisa, y mientras caminaba en el escenario lo levantó con su brazo en alto, triunfal, erguido, feliz, pletórico de gloria rumbo hacia los laberintos donde solo llegan los hombres cubiertos de inmortalidad. En el escenario, el estruendo de aplausos interminables cuyo eco debió resonar en las entrañas de Macondo. Esto dijo el escritor laureado:

Hoy me toca levantar la cabeza para asistir a este homenaje que agradezco y no puedo hacer otra cosa que detenerme a pensar qué es lo que me ha sucedido. Lo que veo es que el lector inexistente de mi página en blanco es hoy una descomunal muchedumbre abierta de lectura en lengua española. Los lectores de Cien años de soledad son hoy una comunidad que si se unieran en una misma tierra sería uno de los 20 países más poblados del mundo. No se trata de una afirmación pretenciosa. Quiero apenas mostrar que hay una gigantesca cantidad de personas que han demostrado con su hábito de lectura que tienen un alma abierta para ser llenada con

mensajes en castellano. El desafío es para todos los escritores, poetas, narradores para alimentar esa sed y multiplicar esa muchedumbre. A mis 38 años y ya con cuatro libros publicados desde mis 20 años, me senté en mi máquina de escribir y empecé: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. No tenía la menor idea del significado ni del origen de esa frase ni hacia dónde debía conducirme. Lo que hoy sé es que no dejé de escribir durante 18 meses hasta que terminé el libro...

Así culminó el gran homenaje a Gabo, el más grande y significativo, después del Premio Nobel de Literatura. Podría decirse que aquel espectáculo constituyó la despedida del escritor colombiano, cuya obra, especialmente *Cien años de soledad*, constituye un patrimonio cultural de la humanidad. Ochenta años de vida y un recorrido que le permitió edificar su propio mundo, Macondo, el lugar que todos llevamos en el corazón, ese pueblo cargado de pequeñas y grandes historias, aquel universo de anécdotas que nunca muere, pues se trata de un relato intemporal que no se agota; al contrario, da vueltas en círculos y en espiral como si se tratara de un planeta independiente e intangible.

Transcurrieron siete años, después del homenaje, para que García Márquez apareciera nuevamente en público. Durante ese tiempo, Gabo estuvo recluido en su hogar, acompañado por su esposa Mercedes y visitado frecuentemente por sus hijos, Gonzalo y Rodrigo, al igual que por sus nietos y hermanos. No faltaba la atención de sus médicos, pues se sabía que el escritor había sobrevivido a un cáncer linfático que había golpeado seriamente sus facultades físicas y mentales. Incluso, su hermano Jaime García Márquez, había declarado públicamente que Gabo padecía de demencia senil. Pero todo aquello era mediante débiles voces que se filtraban por los intersticios del mundo literario y cultural, pues la familia preservaba la intimidad del mago de Macondo contra la marea de información, a veces malsana.

El 6 de marzo de 2014, al cumplir 87 años, García Márquez apareció en las afueras de su casa del barrio Jardines del Pedregal de San Ángel, en México, y saludó a los periodistas que llegaron hasta allí para cantarle a voz en cuello *Las mañanitas*, la canción emblemática de los cumpleaños.

Veinticinco días más tarde fue llevado de urgencias al Instituto Salvador Zubirán debido a un cuadro de desnutrición y de infección pulmonar y urinaria. Pero el 8 de abril regresó a casa bajo el cuidado de médicos especialistas que lo visitaban

frecuentemente. Sin embargo, su salud recayó fatalmente el 17 de abril, día de su fallecimiento.

Rodrigo García Barcha, el hijo mayor, escribió un conmovedor testimonio que está consignado en el libro, *Gabo y Mercedes: una despedida*. La obra fue publicada en mayo de 2021 y constituye una gran crónica periodística en la que abundan recuerdos de la pareja y pasajes inéditos de la vida de García Márquez, al igual que los instantes más íntimos y estremecedores que rodearon la muerte del escritor:

«A través de las puertas de vidrio veo a la secretaria de mi padre que sale de su oficina, atraviesa el jardín y avanza rápidamente hacia nosotros. Me dice en voz alta que la enfermera quiere hablar conmigo. Trata de no alarmar a nadie, pero es claro que algo ha pasado. Salgo con toda la calma que me es posible, pero la sala queda en silencio.

Cuando me aproximo a la habitación de invitados la enfermera diurna sale a mi encuentro. “Su corazón se detuvo”, dice nerviosamente. Entro a la habitación y al comienzo observo que mi padre se ve igual que hace menos de diez minutos, pero después de unos segundos me doy cuenta de lo equivocado que estoy. Se ve destrozado, como si algo lo hubiera fulminado —un tren, un camión, un rayo—, algo que no le causó más heridas que arrebatarse la vida. Rodeo la cama y me acerco a él y maldigo en voz baja. Al mismo

tiempo, la enfermera le busca el pulso con un estetoscopio y le marca al médico. Me doy cuenta de que por un momento la inquieta que esté enfadado con ella por no avisarme como se lo pedí, pero como de hecho no le llamo la atención directamente, deja de preocuparse por eso»⁵.

Murió rodeado de su familia y con la cercanía de miles de personas que, al conocer la noticia, iniciaron un desfile que desembocó en su residencia. Allí se vio, entonces, libros del escritor en manos de jóvenes y viejos, pancartas a lo largo y ancho, fotografías con miles de rostros del Gabo infinito, flores amarillas naturales y de papel, cantos vallenatos de aquellas canciones que lo sedujeron en sus tiempos de aventurero errante; y llanto, mucho llanto de sus lectores inexistentes que surgieron en ese momento desde los rincones más remotos del Distrito Federal.

La conmoción por la muerte de Gabo tuvo alcance mundial. Todos los diarios registraron la noticia en sus primeras páginas y desde ese momento se inició un recorrido por la vida y obra macondiana confirmando que sí, había muerto el nuevo Cervantes, el creador de una fantasía en la que todos podían subsistir, pues se trataba de un espacio sin fronteras, pero habitado por seres que parecían de carne y hueso, cuya

⁵ Rodrigo García. *Gabo y Mercedes: una despedida*. Primera edición mayo de 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, pps. 54-55.

existencia de ficción acompañaría por siempre la vida en tierra firme.

A los dos días de su muerte, los restos del escritor fueron cremados, tal como era su voluntad, y tres días más tarde sus cenizas fueron trasladadas al *Palacio de Bellas Artes*, donde se le rindió un homenaje en presencia del presidente de México, Enrique Peña Nieto, y de Colombia, Juan Manuel Santos, al igual que personalidades de la literatura, la política y las artes. El cofre de madera con las cenizas de Gabo estuvo custodiado por Mercedes Barcha, Gonzalo y Rodrigo, y miles de seguidores pudieron desfilan alrededor, y despedirse del fabulador que había hecho feliz al mundo con sus historias inverosímiles, pero cercanas a nuestro corazón.

Al finalizar el evento, la familia García Barcha leyó una nota de agradecimiento que finalizó de la siguiente manera: «Gente de todas las edades, extracciones y culturas ha expresado su amor por “Gabo” más allá de la tristeza de perderlo. Nos han hecho sentir que no lo han perdido sino ganado para siempre, y que les pertenece a ellos. Gracias».

Dos años después, la urna con las cenizas de García Márquez fue trasladada en avión privado a Cartagena por Mercedes Barcha, quien la llevó luego en un vehículo de lujo hasta la Universidad de Cartagena, el claustro donde el autor de *Cien años de soledad* había cursado, en 1948, parte del segundo año

de derecho mientras seguía en la búsqueda incesante de los caminos que lo conducirían a la gloria literaria.

Allí, en la vieja alma máter, en el patio central del Claustro La Merced, había sido construido un busto de bronce esculpido por la artista británica Katie Murray, quien tardó cinco semanas en su elaboración. El pequeño monumento, que contiene las cenizas del Nobel, fue instalado sobre una plataforma flotante rodeado en su base por una estela de mariposas. En el homenaje estuvieron Mercedes Barcha, Gonzalo y Rodrigo, al igual que nietos, hermanos, amigos, autoridades y seguidores de Gabo, quienes observaron el descubrimiento del busto en medio de la *Pequeña Suite*, composición del músico sincelejano Adolfo Mejía. Muchos expertos, críticos y literatos expresaron el significado de las cenizas y de aquella ceremonia que coronaba con éxito una vida pletórica de realización y, al final, cubierta de gloria e inmortalidad. Así lo refirió Ariel Castillo Mier, filólogo, lingüista y escritor colombiano:

«Frente a eso nada tienen que decir unas cenizas que han podido dispersarse en el mar Caribe o en el río Magdalena. Que permanezcan en una urna en Cartagena de Indias no será en breve más que una anécdota que nada le interesará a los verdaderos admiradores de su obra, los lectores. Será un episodio más de nuestra trivialidad política. Sólo en su obra

tales cenizas, como el amor constante más allá de la muerte, tendrán sentido y constituirán la pobre y común expresión material de su amor a la humanidad»⁶.

Todo aquello ocurrió el domingo 22 de mayo a las cinco de la tarde en el histórico claustro colonial de la ciudad histórica. El periodista Juan Gossaín, gran amigo del escritor y profundo conocedor de su obra, fue encargado por la familia García Barcha para que leyera un discurso en homenaje al ilustre cataquero. Esto dijo Gossaín:

No hemos venido a despedirlo sino a saludarlo. Antes, por el contrario, si nos encontramos reunidos es para darle la bienvenida. No estamos aquí para participar en una ceremonia fúnebre ni en un ritual de exequias. Esto es una reunión de amigos, y los amigos verdaderos nunca desaparecen. Menos aún si se trata, como en este caso, de un amigo inmortal. Esto no es, pues, un homenaje a la muerte. Esto es un homenaje a la vida. (...) La razón más poderosa para que las cenizas de Gabito descansan en esta ciudad y en este sitio es porque él mismo quiso que así fuera. Me lo contó de su propia boca y jamás se lo he contado a nadie. Nunca he escrito esa historia, ocurrida hace más de veinte años...

⁶. Declaraciones de Ariel Castillo a la periodista Natalia Guerrero. Entrevista: «El regreso de García Márquez a una ciudad que nunca fue suya». www.fundaciongabo.org

Seis años después de la muerte de García Márquez, la historia de la pareja García-Barcha llegaría a su final, pues el sábado 15 de agosto de 2020 moriría Mercedes Barcha en su casa de Jardines del Pedregal, adonde se había trasladado luego de vivir varios años en San Ángel. Mercedes había nacido en noviembre de 1932, en Magangué, un municipio del Caribe colombiano. Sus ascendientes eran originarios de Egipto, donde había nacido su abuelo paterno. En 1941 se conoció con Gabo, quien sería su esposo eterno después del casamiento, el 21 de marzo de 1958, en la Iglesia del Perpetuo Socorro de Barranquilla, la ciudad donde vivió el escritor. Fueron 56 años de matrimonio, hasta la muerte de García Márquez en 2014.

El 25 de marzo de 2022, las cenizas de Mercedes Barcha fueron dispuestas en el Claustro de La Merced de la Universidad de Cartagena, al lado de las de García Márquez. De esa manera, se dio cumplimiento al deseo de la compañera eterna de Gabo. El retraso en el traslado de las cenizas obedeció a los estragos del Covid-19. Rodrigo y Gonzalo García Barcha, hijos de la pareja, estuvieron al frente de la ceremonia privada que, además de las innumerables ofrendas y muestras fotográficas, estuvo animada con cantos vallenatos interpretados por la Orquesta Sinfónica de Cartagena.

Después del discreto acto en Cartagena de Indias que sellaba la vida de Gabo y Mercedes, sólo prevaleció el eco de una

existencia fantástica, envuelta en magia y rodeada de libros que ya habían alcanzado un sitio en la historia de la literatura universal. Las referencias se circunscribían a las anécdotas del Nobel, a su recorrido vital y al gran legado que entregaba al mundo, incluyendo la prolongación de la especie a través de Rodrigo y Gonzalo, sus mencionados hijos. Pero el 16 de enero de 2022 estalló la noticia: Gabriel García Márquez tuvo una hija fuera del matrimonio.

La primicia fue lanzada desde las páginas del diario *El Universal*, de Cartagena, por el periodista Gustavo Tatis Guerra, luego de acordar los pormenores del procedimiento con Gerald Martin y Dasso Saldívar, biógrafos de Gabo que no alcanzaron a registrar el hecho en las reconocidas obras de su autoría que ahondan y escarban en la vida del Nobel. Tatis reveló en su nota que la hija secreta tenía como nombre Indira, en homenaje a Indira Gandhi, ex primera ministra de la India que Gabo conoció en Nueva Delhi en el marco de una cumbre del Movimiento de Países No alineados, en 1983, luego de mensajes cruzados a raíz del Premio Nobel obtenido un año atrás.

Se conoció también que la madre de Indira es Susana Cato, guionista y escritora mexicana que conoció a Gabo en una de las sesiones de la Escuela de San Antonio de los Baños, en Cuba. Aquella hija creció con el nombre de Indira Cato, pues

nunca obtuvo el reconocimiento del padre, aunque sí su atención y afecto.

«La noticia la confirmé con algunos familiares de García Márquez, con el mismo Dasso Saldívar y con Guillermo Angulo, quienes han mantenido el secreto durante años, y muchos de ellos, por respeto a Mercedes Barcha y lealtad a Gabo, no se atrevían a mencionar el secreto, y mucho menos sus propios hijos. García Márquez, el genio literario más grande de Colombia ante el mundo, está ya por encima del bien y del mal, y todo lo que hoy pueda revelarse de él solo reconfirma su espléndida humanidad y su infinita grandeza que se agiganta cada vez en el universo, más allá de su muerte. Lo secreto no puede perder el sentido profundo de lo humano. El corazón de un hombre y el corazón de una mujer. La delicada intimidad de un genio como García Márquez⁷», escribió Tatis en la nota publicada.

⁷ Del artículo publicado por Gustavo Tatis Guerra, *Una hija, el secreto mejor guardado de Gabriel García Márquez*, diario El Universal, Cartagena de Indias, edición del 16 de enero de 2022.